



FUNDAMENTALISMO ENTRE LA PERPLEJIDAD, LA CONDENA Y EL INTENTO DE COMPRENDER

Jaume Flaquer

1. Fundamentalismos a vista de pájaro
 - 1.1. El Fundamentalismo: “dícese de...”
 - 1.2. ¿Sólo fundamentalismos religiosos?
2. ¿Por qué?
 - 2.1. La cultura postmoderna: un caldo de cultivo
 - 2.2. El racismo
3. Religiones y fundamentalismo: aliados demasiadas veces
 - 3.1. ¿El fundamentalismo es inherente al islam?
 - 3.2. Puntos que favorecen el fundamentalismo
4. Caminos de esperanza
 - 4.1. Apuntes para la acción
 - 4.2. Esperanza de diálogo
 - 4.3. ¿Tiene límites la tolerancia?
 - 4.4. Contradicciones del fundamentalismo
 - 4.5. Diálogo interreligioso

Notas

En los últimos años, palabras como fundamentalismo, integrismo, tolerancia, etc, han adquirido una actualidad tal que las oímos en boca de periodistas, políticos, personalidades religiosas... Raro es el día que no las encontramos de una manera u otra en el diario. Y ello, si bien delata que la tolerancia como valor ha llegado a calar hondo en el hombre democrático, también muestra que está amenazada por múltiples peligros.

¿Por qué hemos de ser tolerantes? ¿Por qué hemos de ceder ante posturas contrarias a las nuestras especialmente cuando estamos convencidos de la verdad de nuestra posición? Más aún: ¿cómo ser tolerantes en temas que nos tocan tan en lo profundo como la religión? Los hombres de las cruzadas pensaban que no podían ser tolerantes porque lo que estaba en juego era nada menos que la vida eterna, la salvación de la propia alma y la de los impíos musulmanes. ¿No será, pues, la actual tolerancia religiosa fruto de la resignación a no poder dominar ya sobre la sociedad?

En relación a esto, un jesuita que convive con la población musulmana del Chad, comentó un día que los musulmanes a menudo le habían sorprendido con afirmaciones como ésta: “Vosotros los cristianos ahora habláis de diálogo porque sois débiles. Nosotros no lo necesitamos porque somos fuertes”.

Esta acusación es muy grave porque cuestiona la sinceridad de nuestra tolerancia. Pero aún es más grave que esa frase sugiera este principio de acción: “sé intolerante mientras puedas”. Algunos católicos –no muchos, gracias a Dios– se guían por estos principios cuando sueñan con la vuelta a los tiempos de cristiandad y de teocracia. Para éstos, los valores democráticos – como son la tolerancia, la libertad, etc.– son valores secundarios frente a la imposición y realización de su ideología.

Estos ejemplos nos pueden plantear cuestiones como la siguiente: ¿por qué ha estado tantas veces el fundamentalismo ligado al hecho religioso? ¿Son un matrimonio inseparable?

El presente estudio pretende abordar estas preguntas, estudiar los otros tipos de integrismo, junto con sus causas, y proponer caminos de solución y de esperanza frente a los radicalismos.

1. FUNDAMENTALISMOS A VISTA DE PÁJARO

1.1. EL FUNDAMENTALISMO: “DÍCESE DE...”

El uso común de las palabras fundamentalismo e integrismo tiende a utilizarlas indistintamente y a entenderlas como sinónimas de fanatismo, radicalismo (en sentido peyorativo), dogmatismo... Están también ligadas a la intransigencia y rigidez mental¹. En todos estos conceptos hay la idea de un exceso, de un tomarse demasiado en serio temas sin importancia. Esta es la actitud del fanático. Fanum en latín significa lugar sagrado. El “fanaticus” era el servidor del santuario y, por la actitud exaltada de algunos de ellos, pasó a tener un sentido peyorativo. Así, el fanático es aquel que sacraliza de manera intransigente algún aspecto de la realidad. Y cuando algo se hace tan desmesuradamente esencial impone al sujeto una exigencia de luchar por esa causa, una lucha que es a menudo violenta.

Lo dicho hasta ahora quizá sugiera que la solución al fundamentalismo es el relativismo, esto es, no asumir nada en la vida como fundamental. El relativismo es el extremo opuesto al radicalismo dogmático. Pero la solución se encuentra en la tolerancia bien entendida. Ya veremos más adelante que no se trata de no tomar nada como esencial sino de no justificar cualquier medio aunque sea para conseguir fines loables y de dejar siempre abierto el diálogo y la interpelación personal.

Cuando Darwin era condenado

Las actitudes fundamentalistas han existido siempre. Sin embargo, el concepto es de uso bastante reciente. No empezó a utilizarse para denunciar una manera de proceder considerada como negativa sino como autodesignación de un grupo de protestantes americanos. A principios de este siglo, –según comenta R. Armengol²– aparecieron una serie de publicaciones protestantes recogidas con el título: “The fundamentals. A testimony to the truth”. Estos escritos pretendían definir y defender los aspectos fundamentales del cristianismo. Para ello, usaban como fuente la Biblia interpretada en su sentido más literal. Con ella criticaron duramente a Darwin porque contradecía el relato de la creación del Génesis. Si los libros sagrados son de origen revelado ¿cómo admitir la posibilidad de error en algún contenido suyo?

Esta actitud llegó a un extremo tal que en algunas zonas de EE.UU. se llegó a prohibir a los profesores la enseñanza de las teorías de Darwin³. Todos estos extremismos estaban causados por una nefasta interpretación de la Biblia. El fundamentalista era, por tanto, la persona que pretendía leer la Biblia sin tener en cuenta ni los símbolos y géneros literarios que utiliza ni la época en la que fue escrita. Y si siempre es un error extraer una frase de su contexto dentro de un escrito, no lo es menos desvincular un texto de su contexto histórico.

Católicos integristas

No pensemos que sólo los protestantes cayeron en este tipo de errores. El término integrismo, fue utilizado por católicos de finales del siglo pasado y principios del XX con la intención de mantener íntegra su fe y sus tradiciones. El problema no era ya el de la interpretación de textos pero se asemejaba. Si el fundamentalismo protestante leía los textos del pasado sin tener en cuenta su contexto, el integrismo asumía “literalmente” la tradición, desvinculándola de su contexto histórico.

Además, los integristas rechazaban las incipientes ciencias humanas, y pretendían buscar en la fe respuesta a todos los problemas de la vida privada y pública. Desde una fidelidad intransigente a las directrices dictadas por Roma se declaraba en guerra contra la modernidad, el naturalismo, el laicismo y el comunismo. Recordemos que Pío IX⁴ condenó la modernidad y que hasta hace pocas décadas se obligaba a los profesores de teología a firmar que nunca secundarían sus tesis⁵. En España, el integrismo se constituyó como partido político a finales del S.XIX.

Pero no debemos llamar integrista a todo el que se toma en serio unas determinadas normas éticas que nos resultan extrañas, sino a aquel que no está abierto a ningún tipo de diálogo e interpelación.

Es momento ahora de analizar si estos términos se reducen a lo religioso o si se pueden encontrar en otras realidades.

1.2. ¿SÓLO FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO?

Tras haber descrito lo que son los fundamentalismos, surge una segunda cuestión: dónde se manifiestan, cuál es la amplitud de este término. A partir de esta cuestión, se nos plantean otros dos interrogantes. El primero consiste en averiguar si el fundamentalismo es algo inherente al hecho religioso. El segundo, ver si apreciamos este comportamiento en otros ámbitos de la vida.

La primera cuestión nos asalta tan pronto como estudiamos un poco de historia de las religiones. Las guerras de religión nos salen rápidamente al paso. Recordamos las cruzadas del pasado, el radicalismo predestinacionista de los calvinistas y el antiliberalismo de la Iglesia del siglo XIX. Vemos los conflictos entre palestinos y judíos, entre chiítas y sunitas en Pakistán, entre hindús y musulmanes en la India, la guerra de Bosnia y, la difícil situación argelina, entre otros muchos problemas existentes. La lista podría ser infinitamente más larga. Tendríamos motivos para el pesimismo.

Sin embargo, estos radicalismos no son esenciales al hecho religioso sino su más radical perversión (“*corruptio optimi pessima*”). La Iglesia católica ha sido durante mucho tiempo intransigente; ha necesitado de las críticas hechas desde fuera de ella para abogar por la tolerancia, sin embargo no es difícil percibir que este “nuevo” valor era algo intrínseco del mensaje de Jesucristo. De esta manera, el cristianismo podría, hoy por hoy, contribuir eficazmente a la educación para la tolerancia.

La existencia, en todas las religiones, de hombres profundamente creyentes de mentalidad abierta a otras posiciones y de una gran tolerancia, (muchas veces a pesar de la persecución) muestra cómo la intransigencia no es algo esencial al hecho religioso. Pero, aún debemos decir más: no sólo no es esencial sino que es contraria al mismo. El encuentro con un Dios perdonador y misericordioso, amante de todas sus criaturas, no puede llevar a una actitud de juez implacable. Cuando un integrista dice fundamentarse en textos revelados, hay que preguntarle si al interpretarlos busca la obediencia a Dios o su propia seguridad. Más adelante volveremos sobre el mismo tema.

Es fácil ver también cómo las actitudes intransigentes desbordan el hecho religioso. Encontramos intolerancia, en la política, en los enfrentamientos entre ideologías opuestas, en lo que se ha llamado “fundamentalismo de mercado”, en los crímenes del nazismo y otros nacionalismos exacerbados, como los de la antigua Yugoslavia o ETA, en los actuales “skinheads”... También en el racismo y en los enfrentamientos entre seguidores de equipos de fútbol. ¿Por qué cada equipo tiene sus “ultras”? Finalmente, encontramos intolerancia incluso en la comunidad científica. ¿Cuántas veces una teoría revolucionaria ha sido duramente criticada

por otros científicos con argumentos también científicos? T.Kuhn⁶ describe muy acertadamente el conservadurismo científico que rechaza los nuevos descubrimientos de otros científicos –que contradicen sus propias teorías– por incapacidad de echar por tierra las investigaciones de toda una vida. Esto le supondría tener que comenzar de nuevo. Y si esto ocurre en la ciencia...

Es pues el ser humano (no la religión o la cultura o la patria) el que está profundamente expuesto a la tentación fundamentalista.

La intolerancia como inseguridad

Nos vamos acercando a las causas de la intolerancia: hay una inseguridad profunda que impide estar abierto al cambio, a lo otro, a lo diferente. Es cierto que la palabra “fundamentalismo” se adapta mejor a ciertas formas de vivir la religión. Sin embargo, a menudo, los partidos políticos, instituciones, movimientos, etc, han de interpretar también su tradición o su ideólogo fundador, para renovarse manteniendo la identidad. Cabe, por tanto, una interpretación literal o una adaptación a los nuevos tiempos.

Los extremismos los vemos presentes en la historia, especialmente en el ámbito religioso ya que toda la cultura antigua estaba impregnada de referencias a lo trascendente. Después, el espacio abierto por el retroceso de la presencia religiosa en el ámbito público, obligó a ciertos individuos de personalidad fundamentalista a agarrarse a otros ámbitos potencialmente “fundamentizables”. Tal es el caso de algunas ideologías.

Podemos concluir por tanto que las actitudes integristas superan el ámbito religioso, aunque, como veremos, encuentran en él una tierra muy fecunda. Lo que ahora interesa es estudiar las causas por las que aparecen, para apuntar después caminos de esperanza.

2. ¿POR QUÉ?

Hombres y mujeres necesitamos de cierta “confianza básica”⁷, que nos permita aceptar y asumir el riesgo inherente a una vida madura que se enfrenta a lo nuevo y diferente como a una posibilidad de crecimiento. Cuando esta confianza básica falta o es destruida, nos volvemos rígidos e intolerantes.

Las personas construimos esta confianza fundamental en las primeras experiencias de la vida familiar. Los grupos humanos la vivimos y desarrollamos cuando vivimos en ambientes comunitarios de los que nos sentimos miembros porque compartimos sus valores y nos ofrecen un sentido de la vida compartido. Cuando los procesos sociales destruyen estas experiencias comunitarias, la sociedad crea sin darse cuenta el caldo de cultivo donde se desarrollarán “personalidades fundamentalistas” que buscarán su seguridad en grupos rígidos e intolerantes. Por esto el neoliberalismo, al propugnar una sociedad individualista y competitiva, pone inconscientemente las condiciones sociales de las que surgen la extrema derecha, las sectas y los grupos integristas y fundamentalistas.

2.1. LA CULTURA POSTMODERNA: UN CALDO DE CULTIVO

Miedo al progreso tecnológico

Fundamentalismos ha habido siempre, porque siempre el hombre ha tenido motivos para temer el cambio. Sin embargo, hoy, en un mundo tan tecnificado y de transformaciones tan rápidas, algunos sienten miedo y se aferran a sus seguridades. Un ejemplo interesante lo encontramos en algunas sectas de Estados Unidos que han decidido anclarse en el siglo XIX.

La película Único Testigo nos describe a una de ellas. ¿Por qué son mejores las formas de vida del siglo pasado que las nuestras? ¿Quizás porque son más naturales? Pero entonces ¿por qué no anclarse en épocas todavía más pretéritas y naturales? ¿Tendríamos que volver a la época de las cavernas, pues una gruta es más natural que una casa?

Pensemos que “artificial” significa “hecho con arte”, es decir, moldear algo natural con nuestras manos. El hombre, desde que lo es, modela, fabrica objetos. Negarse a utilizar cosas artificiales es negar al hombre mismo. Sin embargo, podemos criticar la tecnificación de la sociedad porque a menudo despersionaliza al ser humano y lo trata como un mero objeto o como una máquina de producción: el Estado nos reconoce más por el D.N.I. que por nuestro nombre, y en el trabajo se nos valora según cuánto y cómo producimos. Otros aspectos de la persona parecen no tomarse en consideración. La cuantificación de todo acaba haciéndonos objetos también a nosotros.

Moldear lo natural no quiere decir suplantarlo ni destruirlo, como se está haciendo por ejemplo en la Amazonia, contra la voluntad de sus habitantes y con el peligro de hacer desaparecer un pulmón del planeta. Por este tipo de excesos, el mundo se ha vuelto inhóspito para muchos. Es significativo el impacto que produce a los habitantes de pequeños pueblos, la vida “estresante” y “despersonalizadora” de la ciudad. No es de extrañar, por tanto, que numerosas personas busquen una identidad en grupos totalizantes.

“Siempre se ha hecho así...”

Al ser humano la seguridad le viene dada a través de la cultura en la que vive. La cultura proporciona al individuo una cierta respuesta a las preguntas más esenciales de la vida (hacia dónde vamos, de dónde venimos, qué debemos hacer...) La tradición y las costumbres permiten que no tengamos que estar preguntando constantemente el porqué de todas las cosas. Es un ahorro de energía. Nadie soportaría poner en tela de juicio todas las costumbres: por qué celebramos estas fiestas y no otras, por qué nos vestimos con estas ropas y no otras... En última instancia sólo podemos responder: “siempre se ha hecho así”.

Pues bien, ¿qué pasa cuando una sociedad, como la nuestra, se da cuenta del impresionante paso del tiempo, de que existe la historia, de que no siempre se han hecho las cosas así? La vida cotidiana se problematiza y se reconoce que las cosas podrían ser diferentes. Pero, al poner en tela de juicio la propia cultura, los propios cimientos, el edificio de nuestras seguridades se tambalea. Quien es capaz de superar este estadio de crisis adolescente, llega a la edad adulta. Pero, aquel que es más débil psicológicamente se cierra sobre sí mismo y niega la evidencia. Realiza como una regresión a la infancia, al mundo de las seguridades ingenuas. Será imposible razonar con él.

¿Cómo explicar a un integrista que un rito determinado, por necesidad de los tiempos, podría o quizás debería ser adaptado? No se trata de cambiar por cambiar. Ésta es una actitud adolescente. No podemos negar que la tradición crea jurisprudencia y que el ser humano necesita de una cierta estabilidad de su cultura (sus valores, sus tradiciones, creencias, ritos, etc). Por ello, todo sistema de valores tiende a presentarse como eterno, universal y válido para siempre. Pero es preciso tener una mentalidad abierta para ser capaz de afrontar las modificaciones que sean necesarias para ser fiel al espíritu original.

Este es el fundamentalista: el individuo que, ante el temor al vacío de valores y de sentido de la vida, se agarra irracionalmente a ciertas seguridades “prefabricadas”. En nuestra época, designada por muchos como postmodernidad, todo ha sido ya problematizado. La falta de algo eterno y absoluto produce pánico e inseguridad. Tenemos, pues, las bases puestas para los integrismos actuales.

La cultura como adaptación al medio

La cultura es la manera propia del hombre de adaptarse al medio⁸. El animal se sirve de los instintos para sobrevivir. Sus cambios son muy lentos porque sólo puede adaptarse al medio a través de mutaciones genéticas. La mutación que permite al animal enfrentarse a sus depredadores con mayor éxito, esa es la que perdura. Pero, el ser humano se adapta con las formas culturales. Éstas hacen posible que el hombre no tenga que esperar a una mutación genética para adaptarse. Si quiere tener alas, inventa el avión, y si quiere ser más inteligente, inventa el ordenador.

Las formas culturales de un país son, en general, el mejor modo que ha encontrado de hacer frente a las necesidades. Por ello, la cultura de un pueblo no debe ser aniquilada totalmente. La permanencia en el tiempo es lo que le otorga la legitimidad⁹. Sin embargo, es preciso que ese pueblo no se esclerotice, y que busque nuevas maneras de vivir, más acordes con los nuevos retos. Los dos extremos, la destrucción total y el inmovilismo, son igualmente perniciosos. Cada uno de los dos teme y lucha contra el otro sin imaginar la posibilidad de un término medio, o de una síntesis superadora.

En nuestra postmodernidad (ya es sintomático que nombremos a nuestra época por contraposición a la anterior) la cultura tradicional entra en una crisis más profunda y las seguridades ideológicas de la modernidad se derrumban también. Si la cultura nos sirve de adaptación, cuando ésta entra en crisis tiemblan nuestros propios cimientos. A la Iglesia le fue

difícil asumir el necesario cambio del Vaticano II porque había esclerotizado las formas autoritarias que tanto le sirvieron en la época de los reyes absolutistas.

Temor al pluralismo

Poco a poco vamos viendo que el integrista del que hablamos es esencialmente una reacción. Si hasta ahora hablábamos del miedo al cambio, podemos también decir que hay un pánico a la pluralidad. La pluralidad aparece como el lugar de la incertidumbre. La mera existencia de otras opiniones cuestiona mis seguridades. Es preciso, entonces, cerrar las puertas que me comunican con el exterior.

En la pluralidad sólo puede vivir el hombre maduro. El niño se desorienta. El adulto sabe ver en cada cosa o persona los aspectos positivos y negativos. Para el niño, en cambio, sólo existe lo bueno y lo malo. No hay término medio. ¿No preguntan los niños ante una película quiénes son los buenos y quiénes los malos? Cuando estos dos grupos no son delimitables le es difícil entender la película. De esta manera, lentamente, se van formando en los valores. Pues bien, también infantilmente los fundamentalistas dicotomizan la realidad.

Tienen miedo a perder la identidad. Definir significa ver dónde finaliza una cosa y dónde empieza otra. Así, el fundamentalista, en su necesidad de definición personal, dicotomiza la realidad, y marca claramente la separación entre el yo y el no yo, entre el bien y el mal, entre lo que hay que alabar y lo que hay que aniquilar. Desde aquí, podemos decir que toda aquella pedagogía que busque puntos de intersección entre personas o culturas, todo aquello que haga ver que yo no acabo en mí mismo sino que me abro y me despliego en el otro, será una pedagogía pacificadora. Yo no dependo exclusivamente de mí mismo¹⁰. Necesito del otro, del que es diferente de mí porque tiene algo que yo no tengo. Y esto en todos los niveles: personal, grupal, profesional, nacional, eclesial...

2.2. EL RACISMO

Ante una inmigración masiva de magrebíes, ¿quién no temería la pérdida no sólo de puestos de trabajo, sino de identidad de nuestro país, de sus tradiciones...? ¿Quién no ha pensado alguna vez que si el número de inmigrantes fuese considerable, empezarían a reclamar derechos para vivir socialmente su cultura? La democracia, por el respeto a la pluralidad, tendría que permitirlo mientras ellos también fuesen tolerantes.

Los “skinheads” de ideología nacionalsocialista (o los seguidores de Le Pen en Francia) ven en esto una pérdida de la identidad cultural española. Así pues, se ven en la obligación de luchar en una cruzada contra el inmigrante y despreciar a una democracia que carece de armas para ello. Frente a esta actitud, la persona psicológicamente adulta se pregunta: “¿Qué es España?”. Por nuestras tierras han pasado una multitud enorme de pueblos. Por ello, definir a España como una entidad cerrada es falsear la realidad.

Esencialmente, el racismo es causado por un sentimiento de amenaza ante personas sensiblemente diferentes en sus rasgos físicos y culturales. Las rivalidades entre las zonas culturales diversas dentro del estado español todavía no pueden llamarse racismo aunque se fundamenten en el mismo sentimiento de amenaza. Si sólo se dan diferencias físicas sin diversidad cultural tampoco, normalmente, aparece el racismo. ¿Quién desprecia a los jugadores de color de la N.B.A.?

El fenómeno es muy complejo. El miedo a la amenaza se produce ante formas culturales incompatibles y también frente a “competidores” económicos, sobre todo si social y

económicamente son más débiles. ¿Porque no hay ataques racistas contra altos directivos japoneses o jeques árabes y sí contra los magrebíes de piel oscura? Los primeros tienen el prestigio del dinero, el poder y la cultura; además, crean puestos de trabajo. Los segundos se convierten fácilmente en “cabezas de turco”, a los que se carga con la responsabilidad de todos los miedos colectivos: el paro, la droga, la inseguridad ciudadana.

Si el origen del problema está en lo cultural y en lo económico podríamos quizás prescindir del término racismo. Además, casi nadie reconoce tener sentimientos racistas. Pero, a poco que se tenga la oportunidad de trabajar con skinheads, uno se da cuenta de que realmente la raza negra les produce un sentimiento de repulsión, intensa e inmediata. Ese miedo a la diferencia les ha creado un mecanismo de defensa poderoso e instantáneo. Éstos jóvenes son el extremo violento, pero hay muchas posiciones racistas menos radicales: algunos padres tendrían ciertos reparos en aceptar un mestizaje de sus hijos.

Estamos hablando de racismo, pero, ¿es correcto clasificar al ser humano en razas? Desde hace un tiempo, numerosos científicos rechazan estas clasificaciones por considerar que las diferencias genéticas son insignificantes. Es siempre preferible hablar de etnias, ya que este término incluye las formas culturales y el modo de organización de la vida de ese pueblo.

El ser humano es primariamente cultural. Lo biológico está siempre en un segundo plano. Si en nuestro lenguaje restamos importancia a lo biológico podremos evitar los prejuicios racistas. No todo estará solucionado, porque todavía tendremos delante la base del racismo, los conflictos culturales y económicos. Los primeros sólo se pueden afrontar con un horizonte mental amplio, y los segundos con una generosidad personal y colectiva que supere el egoísmo.

3. RELIGIONES Y FUNDAMENTALISMO: ALIADOS DEMASIADAS VECES

3. 1. ¿EL FUNDAMENTALISMO ES INHERENTE AL ISLAM?

Una magna advertencia a la humanidad

Cuando uno finaliza la lectura del Corán llega a la conclusión de que este libro sagrado de los musulmanes es una magna advertencia a la humanidad. Si la mayoría de los libros del Antiguo Testamento son una narración escrita por el pueblo judío poniendo de manifiesto los favores y castigos de Dios, el Corán se presenta como escrito por el mismo Dios en tercera persona, para que pudiera ser recitado por Mahoma. De esta manera, aunque también en el Corán se narran sucesos del pasado, se hace con una intención pedagógica muy manifiesta. Se seleccionan historias breves de pueblos que sucumbieron por no escuchar a los profetas y de aquellos personajes que obtuvieron el favor de Dios. Muchas de las narraciones acaban explicitando en una frase o dos el mensaje que Dios quiere ofrecernos. Pongamos algunos ejemplos:

El es Quien domina a Sus siervos. El es el Sabio, el Bien Informado. (C 6,18)

Dios no dirige al pueblo perverso. (C 9,24)

Dios sabe bien lo que hacen. (C 10,36)

Dios todo lo observa. (C 33,52)

Dios es indulgente, misericordioso. (C 33,52)¹¹

Estas y otras muchas sentencias similares van repitiéndose una y otra vez como si de estribillos se tratara. Además de las narraciones, encontramos un elevado número de normas de conducta y de estructuración de la sociedad diseminadas por todo el texto coránico. La advertencia de Dios es clara: cree en el Dios único y participa de la comunidad de musulmanes cumpliendo la legislación establecida. Si actúas así, por muy pecador que seas, Dios tendrá misericordia. El calificativo de misericordioso es de los más repetidos en el Corán. Ni siquiera Mahoma se presenta nunca como un hombre perfecto (cfr. C 80,1ss).

El problema es que también se repite con mucha insistencia que el “Señor está dispuesto a perdonar, pero también a castigar dolorosamente” (C 41,43). La advertencia de un juicio severo es constante. Sin embargo, el musulmán tiene muy claro que nadie merece castigo por desconocimiento de una prohibición (cfr. C 6,54).

Occidente teme al Islam

Occidente tiene miedo de que el islam sólo pueda vivirse de una manera fundamentalista. Este temor va siendo confirmado, es verdad, con las noticias que nos llegan de Argelia, Egipto, Sudán, Irán... Sin embargo, todos esos países viven en la necesidad de definirse y de recuperación de identidad tras el período de la colonización¹. Su sentimiento de inferioridad frente a los avances tecnológicos de la cultura occidental ha sido muy fuerte. El integrismo que viven es su forma concreta de nacionalismo. En Argelia han probado ya el modelo francés y el modelo socialista. Hoy claman por ensayar una solución propia. A toda esta situación hay que sumar la enorme corrupción de sus gobernantes y la pobreza extrema de una población que crece mucho más que la economía.

Esta situación nos hace olvidar que en otros tiempos la cultura islámica era mucho más avanzada que la nuestra. Como ya hemos visto, el fundamentalismo tiene mucho que ver con el tipo de interpretación que se hace de los textos. Pues bien, hasta el siglo X había una gran libertad de interpretación en el islam¹². Era el tiempo del Ijtihad. Esta palabra designa el esfuerzo que debe hacer todo creyente para penetrar en el mensaje de los textos. El desarrollo intelectual y místico¹³ es enormemente vasto en esta época¹⁴.

Sin embargo llega un momento que, por temor a interpretaciones demasiado heterodoxas se declara la prohibición de la interpretación libre. El creyente debe acudir a los órganos competentes. Se declaran “cerradas las puertas del Ijtihad”. Por lo que venimos diciendo hasta ahora, podemos fácilmente deducir que si la interpretación está cerrada, si no es posible adaptar el lenguaje religioso a las nuevas circunstancias, toda mirada al pasado se hará desde una descontextualización.

La posibilidad de un Islam tolerante

¿Será capaz el islam de salir de la etapa integrista en la que está hoy en día sumido? No pocos intelectuales musulmanes declaran la exigencia de una nueva apertura de la puerta del Ijtihad. Es verdad que las noticias que recibimos de muchos países árabes son desoladoras. La tarea no será nada fácil. Pero tampoco lo fue para el Vaticano II. Además, ¿quién se esperaba en el siglo pasado los cambios que iba a sufrir la misma Iglesia?

Podemos tener la tentación de decir que en los Evangelios tenemos como ideas esenciales el amor al enemigo, el perdón sin límites, etc, que nos han permitido con más facilidad reconocer los valores de la tolerancia, del diálogo, de las libertades, etc. Es cierto, los Evangelios son muy diferentes del Corán. Sin embargo, el islam no carece de elementos que podrían fundamentar un pensamiento más abierto. Por ejemplo, el islam no obliga a los no musulmanes a cumplir su legislación. Este principio teórico ha sido normalmente respetado. Los no musulmanes tan solo debían pagar un impuesto que se correspondía a la limosna obligatoria que tenía que pagar todo musulmán adinerado.

El problema que tiene el Corán es que están mezclados los textos de deberes estrictamente religiosos con los de deberes políticos. Pero, muchos musulmanes saben distinguir la importancia de unos y de otros. Relativizar ciertas leyes de convivencia acordes a su tiempo y adaptarlas al momento presente, significa hacer una interpretación no fundamentalista.

A veces nos escandalizamos al encontrar en el Corán conceptos tales como la ley del talión o la “guerra santa”. Pero no es de extrañar ya que en el texto coránico hay una pretensión de organización de la sociedad. El ojo por ojo y diente por diente, significaba un avance en la

¹ Los intentos de desarrollo bajo el modelo capitalista han producido el desarraigo de grandes masas urbanas respecto a los valores de su cultura tradicional.

justicia de entonces: no puedes volverte a tu enemigo con una moneda mayor. Jesús supera incluso esta ley perdonando en la cruz a sus enemigos. Sin embargo, la justicia en nuestros países se guía más por la ley del talión que por la del perdón, por mucho que se diga que la misión fundamental de nuestras cárceles es la reinserción social. Además, el Corán también prevee una renuncia al derecho del talión. Le servirá al creyente de expiación (Cfr. C 5,45)

Respecto a la guerra santa¹⁵, diremos brevemente que éste es un concepto más espiritual que militar. Consiste en la lucha interior contra el mal que nos arrastra¹⁶. Es también una guerra militar en caso de ser atacado o de poner en serio peligro la fe musulmana (cfr. C 8,39). Sea como sea en el combate hay la prohibición expresa de excederse con el enemigo (Cfr. C 2,190).

La posibilidad de una interpretación tolerante del islam es real y sería internamente más coherente. El cristianismo le ha aventajado porque hemos pasado por una Ilustración y por continuadas críticas al inmovilismo de la Iglesia. Al final, la Iglesia ha asumido la modernidad y ha aceptado en toda su radicalidad –pero no sin resistencias, incoherencias e injustificados frenazos– el estudio de la Biblia desde la filología, la sociología, la historia, etc. El islam tiene esta batalla pendiente. Todavía no han estudiado científicamente el texto coránico. Por ello niegan que ciertos contenidos del Libro hayan llegado a Mahoma a través de su contacto con cristianos y judíos. Para ellos, el texto es un dictado de Dios a través de un ángel. Mahoma no ha puesto nada de su parte.

El problema del diálogo interreligioso no es debido tanto a las diferencias entre ambas teologías, cuanto a que el cristianismo y el islam hablan desde paradigmas diferentes. El cristianismo desde la modernidad, y el islam desde una postura históricamente menos madurada.

Pasemos ahora a estudiar por qué la religión ha sido vivida a menudo desde posturas fundamentalistas. ¿No será que tiene algunos puntos teológicos que las personalidades fundamentalistas podrán fácilmente interpretar de manera errónea?

3.2. PUNTOS QUE FAVORECEN EL FUNDAMENTALISMO

El perdón y el castigo

La experiencia religiosa no debería llevar nunca a la intolerancia ya que entramos en relación con Dios que es suma Bondad. La representación de un Dios severo y castigador es una proyección de nuestros deseos de venganza o de nuestra necesidad social de “orden”. Nuestra justicia entiende la ley del talión, la compensación de las ofensas. Pero ¿cuál es la Justicia de Dios?

En el Evangelio vemos que los jornaleros que llegan al trabajo a última hora cobran lo mismo que los que han trabajado toda la jornada. Esta generosidad para con los últimos nos parece a nosotros una injusticia. El perdón desborda y va más allá de la justicia. Si en la base de todo hombre religioso hay una profunda experiencia de perdón gratuito sin haberlo merecido, no es posible que se generen desde aquí actitudes intolerantes. Más bien éste será el patrón para tratar a los demás.

Sin embargo, la experiencia del perdón impulsa a una lucha contra el mal. A partir de ahora, el creyente tendrá la tentación de combatirlo con armas diferentes de las que Dios ha utilizado con él. Dios detesta el mal pero ama profundamente a quien lo comete. Al ser humano le es mucho más difícil hacer esta distinción y tenderá a eliminar a los dos.

Por otra parte, ciertas personalidades masoquistas buscan y necesitan ser castigadas. Son reacias a aceptar el perdón y quieren ser ellas quienes se redimen a si mismos. Éstas encontrarán en su interpretación patológica de la religión una reafirmación y seguridad personal. Podrán

también dicotomizar toda la realidad a partir de los conceptos de bien y de mal.

La tentación de dominar y conocer a Dios

Todas las religiones suponen que Dios se ha revelado al hombre. Dios quiere entrar en relación con sus criaturas para darse y comunicarse. Desea ayudar al hombre a encontrar su felicidad y, con esta intención, le prescribe principios de comportamiento y le revela algo de quién es Él mismo. Una de las primeras tentaciones es la de querer conocer totalmente a Dios. Dominar a Dios significa dominar el más grande de los misterios y, como en Dios podemos conocer el sentido de todos los enigmas que el hombre tiene planteados, el fundamentalista cree poder, por fin, dominar toda inseguridad. El deseo de Dios del místico tiene un origen radicalmente diferente: quiere ver a Dios para entrar en relación plena con su Amado. Pero a Dios lo deja libre, no lo intenta dominar. Es consciente de Su trascendencia.

La gran tentación de la religión es definir completamente a Dios para así poder manejarlo. Dios supera nuestra razón y, todos los conceptos que le podemos atribuir no son sino conceptos humanos que, quizás apuntan hacia lo que es Dios, pero no lo agotan. Dios es siempre mayor, siempre nuevo y sorprendente. Escapa de cualquier definición.

La primera Carta de San Juan nos dice que a Dios nadie lo ha visto (1Jn 4,12). En el Antiguo Testamento Moisés quiere ver a Dios. Éste sin embargo tan solo se deja ver fugazmente y “de espaldas” (Ex 33,23). Los musulmanes rezan un rosario que consiste en repetir los noventa y nueve nombres¹⁷ (características) de Dios. El nombre cien, inefable, se omite para expresar “la imposibilidad final de la inteligencia humana para captar la esencia última de Dios”¹⁸.

Sin embargo, la tentación de dominar a Dios está siempre presente, y no es difícil creer que se consigue a través de los textos revelados. Sólo es cuestión de cerrar las puertas a posibles nuevas interpretaciones. Ya hemos visto cómo el islam cerró las puertas a la interpretación libre en el siglo X. El catolicismo, por su parte, reservó sólo a la jerarquía de la Iglesia la potestad de la correcta interpretación de las Escrituras. El protestantismo luchó contra esto.

El extremo opuesto tiene también sus enormes peligros: como hay interpretaciones erróneas, es preciso que haya alguien que las sancione. Sin embargo, es preciso que este alguien esté abierto a nuevos estudios sobre los textos sagrados.

El concepto de revelación

Para que el hombre pueda comprender lo que Dios le quiere revelar, es preciso que Éste le hable con un lenguaje humano. Los judíos reciben unas tablas de la Ley, el cristianismo a un Dios¹⁹ hecho hombre, y el islam un Corán dictado por medio de un ángel. En todas estas tres religiones “del Libro”, Dios desea comunicarse. Pero lo ha de hacer con un lenguaje comprensivo para el hombre. Esta encarnación del mensaje, o adaptación de Dios a la cultura y momento histórico de un pueblo, es un elemento esencial desfundamentalizador. Esto hace que una religión tenga el deber, en épocas posteriores, de mantener lo esencial de la revelación y adaptar las formas a los nuevos tiempos para que el mensaje pueda ser inteligible. No se trata de cambiar el mensaje, sino de mantenerlo vivo.

El cristianismo tiene frente al islam una ventaja en esta tarea: En la Revelación Dios no dicta al hombre. El cristianismo entiende que los textos bíblicos son palabra de Dios de una manera diferente al islam. No es un texto escrito por Dios y revelado a un hombre, sino que Dios se comunica al corazón de un individuo que después intentará formular con sus palabras esa experiencia de la divinidad. De esta manera, los escritos de la Biblia transmiten una experiencia

verdadera de Dios a través de un lenguaje inteligible y válido para aquella cultura y cosmovisión. Hoy en día, es preciso separar de aquellos textos lo esencial para encarnarlo y formularlo en nuestro lenguaje, aunque esto nunca sea absolutamente posible.

Cuando se considera que la formulación del texto sagrado ha sido hecha por el ser humano y se sabe que la inspiración respeta las particularidades personales o históricas, es más fácil aceptar que ha de haber cosas que tengan que ser reformuladas a la luz de los nuevos tiempos. Sin embargo, ¿qué pasa cuando se entiende que la revelación se produce por medio de un dictado? El ángel Gabriel es enviado a Mahoma para revelarles el Corán (cfr. C 2,97). La belleza poética incomparable del Corán, es uno de los argumentos de los musulmanes para apoyar este concepto de revelación.

Este Corán no puede haberlo inventado nadie fuera de Dios. No sólo eso, sino que viene a confirmar los mensajes anteriores y a explicar detalladamente la Escritura, exenta de dudas, que procede del Señor del universo. O dicen: “él lo ha inventado”. Di: Si es verdad lo que decís, ¿traed una sura semejante y llamad a quien podáis, en lugar de llamar a Dios!”. (C 10,37-38)

Ningún hombre podría haber escrito unas suras (capítulos) semejantes. Entender la revelación de esta forma dificulta enormemente la separación del fondo y de la forma del texto. Más aún, hace que el árabe clásico, la lengua en que se hizo la revelación quede divinizada.

Por ello, son a menudo reacios a que un no musulmán pueda coger un Corán escrito en árabe (cfr. C 56,79), y las traducciones las permiten sólo porque pueden llevar a la fe a no creyentes. Recuerdo que un marroquí me pidió que tachara unas frases escritas en árabe antes de echarlas a la papelera, por respeto a la lengua de Dios. Actitudes como ésta no son, en absoluto, generalizables pero muestran el peligro de creer en una revelación dictada.

El musulmán considera autosuficiente el Corán. Ahí está todo y lo único que hay que creer. Pero esto se ha radicalizado hasta el punto de que algunos musulmanes creen ver en el Corán la predicción de descubrimientos científicos de estos últimos siglos. Todo gran avance de la humanidad puede verse apuntado en el Corán, dicen ellos. Curiosamente no es esta mentalidad la que parecen traslucir los antiguos autores clásicos de la cultura islámica.

Pero, si Dios ha hablado ¿cómo atrevernos a cambiar sus palabras para adaptarlas a otros pueblos o a épocas posteriores? En el Corán parece no haber cabida para un estudio interpretativo basado en un estudio del contexto, de la génesis del texto, del significado de las palabras en su tiempo... Pero, no es imposible. Bastaría con pensar que Dios se ha comunicado en un momento de la historia con unas palabras determinadas con el fin de que aquel pueblo le entendiese y, que hoy, sin embargo, comunicaría el mismo mensaje de manera diferente. Pero, no se trata de cambiar el texto original que por sí mismo tiene un valor por uno más moderno, sino de interpretarlo a la luz de los nuevos tiempos.

La misión de propagar el mensaje

Cuando alguien ama una cosa siente deseos de comunicarla. Las alegrías impulsan al ser humano a compartirlas. Quien experimenta el amor profundo de Dios será también movido a procurar que otros puedan gozar de su misma alegría. La vida que produce Dios en el hombre es tan expansiva que ha de predicarse.

Por ello, el cristianismo y el islam son ardientes predicadores de su mensaje. Son propuestas de un camino de vida, de plenitud. Los cristianos anuncian la Buena Noticia. Las dos religiones encuentran en sus textos sagrados claros mandatos a la predicación. El judaísmo, en cambio, no es capaz de salir de sus vínculos sanguíneos: no hay más pueblo elegido que el judío. El

cristianismo y el islam superan este sectarismo invitando a todas las razas y culturas a adherirse al camino de salvación. El concepto de pueblo elegido se amplía al de comunidad de cristianos o de musulmanes. Pero, precisamente por esta universalidad de sus mensajes, pueden caer en el rechazo de cualquier otro camino.

Famosa es la sentencia que decía que “fuera de la Iglesia no hay salvación²⁰” (Bonifacio VIII en 1.302). Cuando la propia religión se entiende de esta manera, la predicación pasa a ser un imperativo angustioso: quien no se convierta no se salvará. Tenemos, por lo tanto, puestas las bases para justificar las cruzadas y cualquier método evangelizador incluida la fuerza. Y no hay para menos –diría el fundamentalista– ya que está en juego la salud eterna de muchos hombres y mujeres.

El islam también ha caído en estos mismos errores cuando ha legitimado algunas guerras bajo el alegato de la guerra santa. Se siente llamado especialmente a combatir especialmente el politeísmo y ateísmo. Sin embargo, es tolerante con el cristianismo y judaísmo ya que no tiene ningún reparo en afirmar que el Dios de los judíos y de los cristianos es el mismo que el suyo y que en estas religiones también ha hablado Dios a la humanidad.

La solución a los problemas ocasionados por el deseo de expansión del islam y del cristianismo no está en una renuncia a la predicación sino en un respeto por lo otro, lo diferente. La Iglesia a partir del Vaticano II supo ver aspectos muy positivos en organizaciones no confesionales: Dios habla en el mundo y no sólo en el corazón de la misma Iglesia. Es un paso para dejar de dicotomizar el mundo entre el bien y el mal, cristianos y no cristianos.

Iglesia y Estado

La Iglesia ha caído en bastantes ocasiones en la tentación de identificarse con el régimen gobernante. La Iglesia recibía por esto unos beneficios pero se olvidaba de la necesidad de recordar que el Reino no está todavía en plenitud entre nosotros, que todavía hay mucho que cambiar y mejorar. Desde este aspecto, la Iglesia debería estar siempre en una cierta oposición. Además, el cristianismo no se preocupa tanto por las normas concretas que elige un Estado para gobernar sino por una serie de principios de solidaridad, justicia e igualdad que todos los Estados deben procurar hacer posible.

El islam, en cambio, no se entiende sin una identificación con el poder, ya que éste debe guiar tanto material, como espiritualmente al pueblo. El Califa asume el poder político y el religioso. El islam tiene muy claro que la religión no es algo vivido individualmente sino un hecho social. Por eso, tiene no sólo leyes referidas al culto sino leyes de organización de la sociedad. El Corán es también un código de derecho civil que regula el gobierno de la comunidad musulmana. La ley islámica no es obligatoria para los no musulmanes. Por ello, cuando esta ley ha de ser la ley del Estado, se está presuponiendo que el pueblo es principalmente musulmán. La minoría no musulmana puede vivir en sus tierras después de la aceptación de una serie de compromisos²¹.

Cuando en un Estado hay una gran uniformidad (la gran mayoría son musulmanes) este sistema es sostenible. Pero cuando convive en él una pluralidad de creencias se viene abajo. Entonces, el islam vive en un permanente anhelo de independencia para poder gobernarse con sus normas propias.

La identificación con el poder tiene un gran peligro: disponer de la fuerza del Estado para imponer la religión. La violencia puede utilizarse como medio de persuasión.

En teoría, el cristianismo tiene mayor facilidad de librarse de esta tentación gracias a que Jesús no dictó un listado de normas sino un modo de proceder.

Además, Jesús se sitúa por encima de la ley. Se siente libre para interpretarla y hacer las excepciones que sean necesarias para que ésta no se convierta en injusta: vemos cómo Jesús

cura también en sábado. Mahoma, sin embargo, es un súbdito de la ley. Ha venido a proclamarla y a cumplirla. Mahoma recibe una palabra y Jesús es la Palabra. Seguir a Jesús, implica, por tanto, estar en constante atención para discernir si en algún momento es preciso hacer una excepción a una norma por un bien mayor. El creyente en Jesús sigue a un hombre vivo y no a un libro de códigos a cumplir.

4. CAMINOS DE ESPERANZA

4.1. APUNTES PARA LA ACCIÓN

Cuestión de sensibilidad

Las vías de solución del problema de los radicalismos fundamentalistas son complejas. Si la causa principal es el miedo a la inseguridad, a lo diferente, nuestras actuaciones educativas deben incidir principalmente sobre este punto. Es una cuestión de sensibilidad: es preciso aprender a valorar lo ajeno. Pero el trabajo a realizar no ha de incidir tanto en el conocimiento como en lo experiencial. Es difícil, por no decir imposible, mantener una discusión racional con cualquier fundamentalista. No hay acuerdo posible porque no busca la solución más lógica, más racional, sino la que más seguridad le proporciona. Así pues, sólo la experiencia de que lo ajeno me enriquece, sólo la vivencia de lo otro como algo que me potencia y no que me intimida, permitirá alcanzar la madurez.

La educación

La actuación empieza en la familia. Los padres son los primeros que acompañan al niño en su descubrimiento del entorno. Cuando camina de la mano de aquellos que le dan seguridad se atreve a ir en busca de lo nuevo²². Poco a poco va percibiendo en lo diferente una fuente de asombro. Un maravilloso mundo por descubrir se le abre ante sus ojos. Mantener la curiosidad del niño es fundamental. Las experiencias traumáticas le enseñan a tomar precauciones. Y si son más intensas de lo que él pueda asimilar podría cerrarse a la experimentación. Es preciso que ante lo nuevo reaccione antes con asombro e interés que con miedo o temor.

Los padres son los primeros “otros” con los que se encuentra. Por ello es importantísima esta primera relación. Si fuese traumática, habría el peligro de que considerase a toda persona desconocida como un enemigo potencial.

La educación continúa en la escuela. Allí se encontrará con otros iguales que a menudo rivalizarán con él. Las experiencias de amistad, sin embargo, le ayudarán a confiar en los demás. Los encuentros exitosos (amigables) con individuos de otras culturas, de color de piel distinta, le enseñarán a valorar y respetar la diversidad. En este aspecto, las escuelas tienen un papel muy importante a desempeñar. Deberíamos fomentar las escuelas interculturales, donde entrasen en contacto distintas culturas. Si esto es no posible ¿por qué no organizar campamentos de verano mixtos? Creo que deberíamos apuntar hacia un objetivo bien concreto: crear condiciones que posibiliten amistades interculturales. Si conseguimos esto, habremos dado un gran paso para acabar con el racismo.

Cuando estas experiencias vitales están bien asumidas es un momento propicio para apuntalar el respeto a otras maneras de pensar. Para ello la filosofía y la historia son instrumentos muy útiles. En esta etapa incidimos sobre el conocimiento.

Si fuéramos todos un poco filósofos e historiadores...

La filosofía, en general, predispone al sujeto a ser crítico frente a cualquier afirmación: antes de aceptarla como válida se detendrá a estudiarla. El filósofo busca la verdad y por ello mantendrá siempre una puerta abierta para cambiar de opinión si descubre que estaba en un error o si descubre verdad en otro pensamiento. La actitud del filósofo es, por tanto, la más contraria a la cerrazón del fundamentalista: se interesará por opiniones distintas a las suyas para analizar su valor.

La historia es otro instrumento crítico fundamental. La historia nos enseña que las culturas cambian en el tiempo. Nos obliga a reconocer que las costumbres que ahora vivimos como intocables no son eternas sino que tienen un origen determinado en la historia. El argumento de que algo “siempre se ha hecho así” ya no es válido.

Pero la historia no sólo saca a la luz los cambios históricos sino también las raíces que nos unen con el pasado. Bajo las transformaciones hay ciertas cosas que continúan invariables. La historia da, por ello, identidad a los pueblos.

También nos trae al presente los errores de la humanidad de otros tiempos. Nos enseña la experiencia que ha ido adquiriendo el ser humano para no repetir aquellos errores y sí actualizar ciertos logros. Cuando olvidemos los horrores del nazismo estaremos ante el peligro de vivirlo de nuevo.

Es nefasto limitar la enseñanza de la historia al propio y pequeño país. Deberíamos también enseñar a nuestros alumnos la historia de los pueblos vecinos, haciendo especial mención a la cultura árabe, y recordando que éstos, en la Edad Media, estaban más “civilizados” que nosotros²³. Deberíamos subrayar en las clases de ciencias naturales que el hombre de color no es un estado primitivo de la evolución sino una derivación diferente de los primeros homínidos, que no eran ni blancos ni negros. Deberíamos, finalmente, fomentar las estancias en el Tercer Mundo. Allí podremos valorar su cultura desde su punto de vista y no la veremos ya más como inferior. Más aún, cuando veamos que ellos prefieren sus costumbres a las nuestras nos preguntaremos sin remedio: ¿cuándo desterraremos el eurocentrismo? ¿No estaremos los países desarrollados más degradados humana y culturalmente?

La inmigraciónLa inmigraciónLa inmigraciónLa inmigraciónLa inmigraciónLa
inmigraciónLa inmigraciónLa inmigración

El hecho de nacer dentro de unas determinadas fronteras hace al individuo ciudadano de ese país. Desde entonces tiene unos derechos y deberes establecidos por la ley. Pero ¿por qué se le puede negar la nacionalidad a un extranjero que se comprometa a cumplir los deberes que le corresponden?

Es sintomático que luchemos por una igualdad de oportunidades dentro de nuestras fronteras pero no fuera de ellas. Nos falta a menudo una visión más universal. Las ayudas que los países ricos entregan a los subdesarrollados aparecen todavía como gestos caritativos interesados y no de justicia.

Por nuestro país han pasado una gran cantidad de pueblos que han dejado su huella. Forman parte de nuestra identidad. Las inmigraciones siempre enriquecen, no sólo porque permiten una intensa influencia mutua entre dos culturas sino porque quienes emigran son normalmente los más capacitados²⁴. Sin embargo, es cierto que una inmigración excesiva podría exacerbar el rechazo de un sector de la población. Por ello, la inmigración debe permitirse en una tasa adecuada, y debería poder distribuirse por el país de una manera homogénea. No es positivo que se creen núcleos muy importantes de inmigración porque se convierten en cotos cerrados.

Un país se comporta de una manera similar a cualquier líquido: no puede disolver a cualquier

cantidad de inmigrantes. Sin embargo, la tasa de disolución varía enormemente según la temperatura. En un país ésta es el grado de concienciación y de apertura. Trabajando el respeto por otras culturas –y el de una cierta generosidad– podemos hacer posible una mayor inmigración.

Debemos buscar siempre la máxima integración de los que vienen a nuestro país. Ahora bien, ¿dónde hay que integrarlos? Si todos los inmigrantes se instalan en los barrios más degradados podemos estar seguros que vivirán la problemática de violencia, drogadicción, etc, de estas zonas. No nos extrañemos, pues, si la proporción de magrebíes llega a ser muy alta dentro de la población reclusa. No es por venir de donde vienen sino por tener que vivir donde viven.

4.2. LA ESPERANZA DEL DIÁLOGO4.

Nadie tiene un punto de vista absoluto

Nadie puede abarcar toda la realidad de un solo vistazo. Si miramos un cubo, por ejemplo, podemos ver únicamente tres de sus lados a la vez. Cuando le damos la vuelta para ver los otros tres, nos damos cuenta que los primeros desaparecen de nuestra vista. Esto mismo sucede cuando debatimos sobre temas de actualidad: dos personas están viendo el mismo objeto pero no se ponen de acuerdo porque cada uno lo ve desde su punto de vista (que depende de la propia personalidad, la propia historia, el nivel económico, el lugar de vivienda, etc). En los dos discursos hay parte de verdad.

El diálogo es el instrumento que utilizamos para comunicar nuestro punto de vista. Pero dialogar no es fácil. Para ver la verdad que hay en el discurso de los demás es preciso que abandonemos por un instante nuestro punto de vista para ponernos en el lugar del otro. Hemos de movernos para poder ver el cubo desde otro ángulo. Es un sacrificio, un esfuerzo. El pánico se apodera de nosotros porque durante unos instantes, mientras pasamos al otro lado, perdemos nuestro punto de vista, nuestras convicciones, nuestras seguridades y, todavía, no hemos llegado a otras nuevas.

Nuestra democracia hunde sus cimientos sobre el diálogo. Si queremos conservarla hemos de educar sobre la importancia del diálogo. Pero el diálogo exige la igualdad de los participantes²⁵. Cuando no buscamos la verdad, la comunicación persigue tan solo la dominación del otro, convercerle de mi punto de vista. Los medios de comunicación pueden jugar un gran papel en el fomento del diálogo y el respeto. Sin embargo, a menudo, los debates solamente presentan las posturas más enfrentadas para dar más espectacularidad. En la práctica fomentan la dicotomización de los problemas.

La primera razón para ser tolerantes es que nadie tiene el punto de vista absoluto. Necesitamos de los demás. Ellos nos enriquecen porque su historia, sus experiencias, etc, les sitúan en una posición única.

Pero, ¿cómo ser sabio y tolerante?

El reconocimiento de nuestra limitación nos obliga a la tolerancia, a no rechazar demasiado rápidamente las opiniones ajenas. En la época actual, la caída de las grandes ideologías y el relativismo en muchos campos del pensamiento, han favorecido la consideración de la tolerancia como un valor democrático fundamental.

Pero, este concepto de tolerancia como mera debilidad del pensamiento es todavía peligroso: Cuando yo crea con certeza una cosa ¿por qué he de ser tolerante?

El reto que se nos presenta es el siguiente: ¿cómo ser sabio y tolerante? Respondiendo a esta pregunta daríamos razones para ser tolerantes no sólo a los sabios sino a los que creen serlo:

1) Algunos temas no merecen un enfrentamiento. El sabio no sólo es el que conoce sino el que sabe situar las cosas en su justo lugar. Dará a cada cosa la importancia que merece sin excederse. El sabio estará en desacuerdo en muchos temas pero reconocerá que sólo algunos muy esenciales merecen la dedicación del hombre entero. Tolerará los errores menores, porque una actitud combativa traería mayores males. El fundamentalista, en cambio, es capaz de dar la vida o “exigirla” por temas sin importancia. No sabe situar cada problema en su lugar.

2) La tolerancia y el respeto a la dignidad de las personas son bienes superiores a las “certezas” que cada grupo podría querer imponer por la fuerza a los conciudadanos. El sabio intentará defender sus ideas contra lo que considere errores de sus conciudadanos pero tendrá que hacerlo con los medios que le permite la legalidad democrática. El radical en vez de utilizar los canales democráticos usa métodos violentos para conseguir sus objetivos. El dictador piensa que el fin justifica los medios.

3) Es preciso “separar el pecado del pecador”. El mandato cristiano del “amor los enemigos” solamente puede vivirse cuando distinguimos el sujeto de sus acciones. De esta manera es posible rechazar el mal, ser intolerante con él y, sin embargo, ser tolerante y comprensivo con el que lo comete. La realidad de hijos de Dios de todo ser humano hace que sea siempre digno de estimación. El otro es mi hermano y, por ello, lo acepto con todas sus debilidades.

4.3. ¿TIENE LÍMITES LA TOLERANCIA?

De las tres razones para ser tolerantes podemos extraer algunas consecuencias. Primero: podemos tolerar errores que carecen de importancia. Segundo: hemos de tolerar y respetar siempre a la persona. Tercero: hemos de ser intolerantes con el Mal, no con “los malos”.

Tolerancia no equivale a considerar válidas o permitir todas las posturas ni todos los actos. Sería un error pensar de esta manera. Pero, ¿dónde dice la tolerancia “basta”? ¿Cómo damos contenido al Mal? El fundamentalista llena de excesivo contenido el tema del Mal, es decir, excesivas cosas le parecen intolerables.

Hoy, podemos decir que el límite de la tolerancia está en el respeto de los derechos humanos. Los derechos humanos son esos derechos mínimos en los que los países se han puesto de acuerdo y que es preciso salvaguardar porque son la condición indispensable de posibilidad de una convivencia “humana”, en que las personas sean respetadas en su dignidad. Básicamente existen dos grupos de derechos. Unos, que hacen referencia a las libertades individuales (de asociación, de participación política, de propiedad privada, de salir y entrar al propio país, derecho a la vida, etc) y otros que podríamos llamar derechos sociales (igualdad de oportunidades, derecho a la enseñanza, a la seguridad social, a un trabajo y sueldo dignos, a la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales indispensables a su dignidad...).

La legitimidad de estos derechos estriba en que no son particulares de un solo país sino que han sido aprobados por el conjunto de las Naciones Unidas. Es verdad que la formulación es muy occidental. Pero, más allá de la formulación concreta, hay algo de universal que subyace a ellos. La razón es que podemos pensar que toda persona racional en condiciones de lucidez, libertad y voluntad de alcanzar el bien acabaría concluyendo que estos derechos (más allá de su formulación concreta) han de ser preservados.

Así pues, debemos luchar contra toda transgresión de los derechos fundamentales, y no debemos ser tolerantes con los intolerantes. Pero esto no quiere decir que la lucha contra la intolerancia pueda violar los derechos que pretende defender. Concluyendo: la tolerancia es inadmisibles frente a la realidad del pobre, del oprimido y del esclavo. Si nos tomamos esto en serio nos daremos cuenta que tendríamos que dejar de tolerar tanta hambre en el mundo, tanta pobreza en el Cuarto Mundo y tanto paro en nuestras ciudades.

4.4. CONTRADICCIONES DEL FUNDAMENTALISMO

Sabemos que el fundamentalismo hace también referencia a una determinada manera de interpretar los textos religiosos. Pues bien, vamos ahora a mostrar cómo es errónea esta interpretación y cómo cae a menudo en ciertas contradicciones.

No existe la lectura "al pie de la letra"

La disciplina que estudia cómo deben interpretarse los textos sagrados, jurídicos, etc, recibe el nombre de hermenéutica. Hace años que los hermeneutas han criticado la interpretación al pie de la letra²⁶. A primera vista puede parecer extraño. Popularmente se usa esta expresión cuando se insta a interpretar con objetividad y no según los propios intereses. Cuando no quiere decirse más que esto podemos aceptarlo.

Ahora bien, pronto nos encontramos con una primera contradicción: los fundamentalistas de distintas confesiones cristianas no se ponen de acuerdo. El fundamentalista es el que pretende leer los textos sagrados "al pie de la letra". Pero, ¿cómo es posible que dos personas que dicen interpretar un texto literalmente extraigan conclusiones tan dispares? ¿cómo es que viven tan diferentemente la religión un testigo de Jehová y un protestante o católico fundamentalistas? ¿Por qué un mismo texto se ha interpretado de manera diferente a lo largo de la historia? Todo leer es ya interpretar. Soy yo, hijo de una cultura concreta, que entro en relación con un escrito del pasado. Los fundamentalistas no son conscientes de esta realidad.

No defendemos aquí que toda interpretación sea válida. Lo que tenemos que preguntarnos al leer un texto sagrado no es tanto qué quería decir para los hombres antiguos –aunque puede ser de mucho interés– sino, en continuidad con eso, qué nos quiere decir hoy. En el siguiente punto aclararemos más este aspecto.

Somos seguidores más que imitadores de Jesús

A veces puede ser muy interesante saber qué quería exactamente decir Jesús a sus discípulos cuando predicaba. Sin embargo lo más importante es qué nos quiere decir hoy. Para realizar esta actualización del mensaje será preciso conocer con precisión el contexto histórico en que vivió Jesús.

De la manera de actuar de Jesús extraemos no tanto normas particulares y detalladas de conducta, sino principios inspiradores que puedan guiar nuestra acción. A partir de estos principios quizás elaboraremos algunas normas válidas para nuestro tiempo. El sacramento de la Eucaristía es celebrado hoy de manera diferente a como lo hacían los primeros cristianos y también a como se hacía cincuenta años atrás. Lo importante no es que sea igual o diferente, sino que el mensaje fundamental sea invariable. Lo que se quiere expresar adoptará los símbolos adecuados a cada época que apunten a un mismo referente.

El fundamentalista imita, y al imitar descontextualiza. El cristiano toma las actitudes de Jesús y las intenta poner en práctica. Pero es el Espíritu el que nos hace ver el mensaje de Jesús a la luz de los nuevos tiempos. Aunque no se trata propiamente de un problema de matemáticas, a menudo, resolvemos el problema utilizando una especie de “regla de tres”. Si Jesús, en aquella época, actuaba así, ¿cómo debemos actuar nosotros en nuestro tiempo? Gracias a las ciencias humanas (historia, sociología...) conocemos el contexto histórico de Jesús y el de la época actual y, conocemos cómo vivió Jesús a través del testimonio de los apóstoles. Un ejemplo: si Jesús se avanzó a su tiempo en la valoración de la mujer ¿cómo debemos valorarla hoy? El papel de la mujer en la sociedad ha cambiado. Por tanto, no puede limitarse su función a la que había tenido en aquel tiempo.

Lenguaje simbólico de los textos religiosos

Estamos ante un aspecto que no podemos olvidar. La religión utiliza un lenguaje simbólico para decir algo de la trascendencia. El símbolo es aquella realidad que se toma para representar a otra de manera que aquel concepto abstracto se hace visible. La paloma simboliza, por ejemplo, la paz cuando lleva una rama de olivo. El símbolo tiene siempre alguna característica de aquello que pretende simbolizarse.

El fundamentalista cree que el lenguaje religioso es similar al científico. Por ello, no puede entender ciertos textos bíblicos. La creación de Adán y Eva del barro nunca ha pretendido ser un dato científico sino una manera de explicar que somos criaturas de Dios y que el Mal no lo causa Dios sino el hombre.

Los catequistas a veces utilizaban la imagen del abuelo con barbas blancas para representar la bondad de Dios. Es un símbolo. No tendría sentido que un niño se quejase un día a su catequista de que Dios no tiene barbas. El adolescente que no sabe reconocer que le han estado hablando de Dios por medio de símbolos puede reaccionar de dos maneras diferentes: rechazar la fe porque no cree en un Dios con barbas o, creer ciegamente que Dios tiene barbas porque es lo que le han enseñado siempre. Este último es el fundamentalista. Ni uno ni el otro ha comprendido que el hecho religioso utiliza símbolos para expresarse. Las dos posturas las vemos presentes respectivamente en el ateísmo y el fundamentalismo del siglo pasado. Pero el símbolo es como un dedo que apunta a un más allá. Como se ha dicho, “el necio es quien se queda mirando el dedo”.

El concepto de Dios como Padre es también analógico. Lo utilizamos sobrentendiendo espontáneamente lo que queremos decir. El cristiano nunca se considera “hijo” de manera fisiológica. El error de interpretación que cometen los fundamentalistas es similar al de unos que defendiesen que Dios es padre de manera fisiológica porque Jesús enseña el “Padre Nuestro”.

Contradicciones en el mismo texto

La Biblia está compuesta de un gran número de libros escritos por muchos autores diferentes. No es de extrañar que en una interpretación literal encontremos opiniones opuestas aquí y allí. La interpretación que pretende fundarse en la literalidad se encuentra con un conflicto serio. Por ejemplo, ¿cuál es la verdadera genealogía de Jesús, la que nos presenta Mateo (Mt 1.1ss) o la que propone Lucas (Lc 3,23ss) enormemente discordante? Los evangelistas tomados literalmente presentan numerosísimas contradicciones históricas. Pero, desde este punto de vista, el A.T. y el N.T. son también irreconciliables: a quién hacer caso, a las leyes dictadas por Moisés o a las nuevas directrices de Jesús. La mayoría de los cristianos son conscientes de la preeminencia del Nuevo Testamento sobre el Antiguo, ya que Jesús rompe con bastantes leyes tradicionales. Esto hace que el Antiguo Testamento no lo debamos leer al pie de la letra sino que es preciso que lo interpretemos a la luz del Nuevo Testamento y de la Resurrección. El pasaje de los discípulos de Emaús es modélico: caminando con el Jesús resucitado llegan a entender el sentido de Su vida y de todas las escrituras del Antiguo Testamento. Dejan de lado la interpretación literal para hacerlo a la luz del Espíritu.

Hace un tiempo, unos Testigos de Jehová amigos míos intentaban convencerme de la necesidad de cumplir íntegramente toda la Biblia, y además de manera literal. Al final, no se me ocurrió otro razonamiento para rebatirles que preguntarles por qué no cumplían el sábado y otras muchas leyes presentes en la Biblia e instarles a que se hiciesen judíos.

Para finalizar podemos decir que la presencia del Espíritu en la teología cristiana es de una ayuda indispensable en la lucha contra el fundamentalismo. Jesús, antes de morir, dice a sus discípulos que todo lo que estaba sucediendo lo entenderían más tarde, a la luz de la Resurrección y con la ayuda del Espíritu. Así pues, la vida de Jesús sólo recibe todo su sentido después de su Resurrección, y por tanto, siempre hay un “desde dónde” interpretar las cosas.

Además, gracias al Espíritu, el hombre, a lo largo de la historia, va entendiendo de manera nueva la Revelación hecha en Jesús. Por ello, los Evangelios no son texto muerto sino que el Espíritu nos permite entenderlos y aplicarlos a nuestro mundo concreto.

4.5. DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

El cristiano tiene una razón fundamental para ser tolerante: el ejemplo de nuestro Dios. Dios ha tolerado el mal cuando ha hecho al hombre libre. Desde la narración del Diluvio, Dios se compromete a no destruir nunca a su pueblo aunque éste se vuelva contra Él. Pero, Dios en Jesús nos ha mostrado la forma que Él ha escogido de enfrentarse a la intolerancia: Jesús muere en la cruz²⁷. Tolera lo que parece intolerable. Su propuesta, tan radical como incomprensible, es el amor a los enemigos. Jesús sintió la tentación de utilizar el poder, la fama y el dinero (las tres tentaciones) para luchar contra el mal e instaurar el Reino. Pero rechaza los métodos coercitivos y escoge el diálogo del amor.

Estas coordenadas definen el lugar ideal desde donde dialogar con otras religiones. Desgraciadamente el diálogo interreligioso entre cristianismo, islam y judaísmo, es, a menudo, inexistente. El fundamentalista dirá que el diálogo es para la religión que se cree débil, para los que no están convencidos de sus creencias, y no para ellos. Los puntos de vista son tan distantes que es muy difícil hacer el esfuerzo de ponerse en el lugar del otro.

Pero la gran esperanza no está en el diálogo de las palabras. La gran esperanza está en la dedicación a los pobres y en la mística.

El trabajo con los pobres

La dedicación a los más marginados de la sociedad es un lenguaje que todos podemos entender. Es algo que toda persona humana de cualquier cultura y que no busque su propio interés considerará como algo loable. Las religiones encuentran aquí un punto de unión. La mayoría de los religiosos y religiosas presentes en el Magreb atienden a los más necesitados. Son, por ello, profundamente queridos y apreciados por el pueblo. Son testimonios de una vivencia auténtica de la fe.

El judaísmo recuerda constantemente la atención a los más pobres, especialmente los huérfanos y las viudas. El islam exige a sus fieles el “zakat” o donativo obligatorio para los pobres. Este donativo corresponde a un tanto por ciento de los propios ingresos. El cristianismo posee el ejemplo de Jesús que hace vivo el concepto de caridad (agape). La caridad es el amor que se tiene hacia los que tienen menos que nosotros de tal manera que les damos de cuanto tenemos: renunciamos a tener algo que el otro no tiene. Es compartir en totalidad. Finalmente, también el no creyente aprecia siempre toda esta entrega y generosidad. La Revolución Francesa como paradigma le ha proporcionado los ideales de igualdad y fraternidad.

Así pues, en el trabajo por la justicia, por los pobres y marginados, no sólo pueden entenderse judíos, musulmanes, cristianos y no creyentes, sino que podrán incluso colaborar juntos.

La mística

La mística es la otra gran esperanza. Pero, ¿quién es el místico? No es quien se queda en el Tabor o quien vive ajeno y apartado del mundo para concentrarse sólo en Dios. Es aquel que ve la realidad con “los ojos de Dios”. Los místicos de todas las religiones, por más que a veces subrayen aspectos propios de su religión, se entienden, hablan un mismo lenguaje: el del amor de Dios. Como todos los místicos se levantan hacia Dios, y Dios es Uno, todos miran sobre el mundo de una manera similar. Dios, el alfa y la omega, el principio y el fin, unifica en Él toda la creación y a todos los que se acercan a Él. Un místico comprende a otro místico porque se sitúan en el mismo punto de vista: el de Dios. Por ello, los encuentros de oración entre miembros de diferentes religiones no son difíciles y sí muy provechosos. A la vez, no caen en el fundamentalismo porque reconocen amargamente la distancia que todavía les separa de Dios.

Los auténticos místicos son personas enormemente desprendidas porque desde Dios han comprendido qué es lo importante. Su deseo está puesto sólo en Dios²⁸. Por ello viven pobremente y reparten todo lo que tienen con los que más lo necesitan.

Los místicos de todas las religiones se entienden porque todos relativizan las instituciones que vehiculan su religión. Esta actitud les cuesta a menudo ser considerados heréticos. Ven en la Institución no un fin sino un medio para llegar a Dios. No la desprecian sino que la valoran y mucho. Pero la valoran como un medio y en tanto que medio.

Podemos concluir, por tanto, que cuando seamos capaces de vivir la vida místicamente no necesitaremos hablar ya más sobre la tolerancia.

NOTAS

1. Sigo a Rogeli Armengol, “El fundamentalismo de las personas y de los grupos humanos” en: Enrique de la Lama, En defensa de la tolerancia: crítica de los Fundamentalismos, ed. Llar del Llibre, Barcelona 1994.
2. Rogeli Armengol, p. 13.
3. Sobre la historia del fundamentalismo protestante ver: Jean Paul Willaime, “El fonamentalisme Protestant” en: El fonamentalisme, ed. Cruïlla, Barcelona 1994, p. 31-45.
4. Ver “Silabus o corrección de los errores modernos” en: E.Denzinger, El magisterio de la Iglesia, trad. D.Ruiz Bueno, ed. Herder, Barcelona 1963, núms. 1700ss.
5. Ver “Juramento contra los errores del modernismo” en: E.Denzinger nº 2145ss.
6. T.Kuhn, La estructura de las revoluciones científicas, trad. A.Contín, F.C.E. Madrid 1982, p. 224-246.
7. El término es de Eriksson, Infancia y sociedad, Hormé, Buenos Aires 1973, citado en Hortal, a. Ética, 1. Los autores y sus circunstancias, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1994 p. 61.
8. M.Corbí, La religió que ve, Claret 1991, p. 16.
9. Cfr. M.Corbí, p. 28.
10. Cfr. Hegel, Fenomenología del Espíritu, vol.I cap.IV. SS 10,11,12.
11. El Corán, trad. J.Cortés, ed. Herder, Barcelona 1992.
12. MªTeresa de Borbón Parma, Magreb: Nuestro Poniente Próximo, ed. Libertarias, Madrid 1994, p. 33 ss.
13. Sobre la tolerancia del Islam lo mejor es dirigirse a la mística sufí. Una buena introducción es el artículo de Emilio Galindo, “El sufismo, corazón del Islam”, p. 41-60, ed. Popular, Madrid 1992.
14. Para un exhaustivo análisis del pensamiento islámico a lo largo de la historia así como abundante bibliografía ver: M.Cruz-Hernández, Historia del pensamiento islámico, vol. I,II,III, ed. Alianza, Madrid 1996.
15. Para conocer la relación entre los conceptos de Ijtihad (esfuerzo para la interpretación) y jihad (mal traducido como “guerra Santa”) ver: Emilio Galindo, El Islam al final del siglo XX, ed. SM, Madrid 1996, pp. 34-37
16. Ver M.Corbí, La religió que ve, ed. Claret, Barcelona 1991, p. 190ss.
17. Para conocer cuáles son estos noventa y nueve nombres ver: Jacques Jomier, Para conocer el Islam, trad. Alfonso Ortiz García, ed. Verbo Divino, Estella 1989, p. 41. Recomendamos esta obra para todo aquel que desee una buena, clara y pedagógica introducción al Islam
18. Cristóbal Cuevas, El pensamiento del Islam, ed. Istmo, Madrid 1972, p. 105. Sobre el número cien: Robert Caspar, Para una visión cristiana del Islam, Sal Terrae, Santander 1995. Trad. R. Sanchís Cueto p. 103: “En cuanto al número cien de esa lista, sería el secreto nombre de Dios”.
19. Sobre la visión de Jesús y María en el Islam: Robert Caspar, Para una visión cristiana del Islam, Sal Terrae, Santander 1995. Trad. Ricardo Sanchís Cueto. Si prefiere este mismo tema desde la apologética musulmana con una recopilación completa de los textos coránicos ver: Dr. Maneh Hammad Al Johani, Jesús en el Islam, ed. Centro Islámico en España, Madrid 1991. Trad. A. Maher Safi.
20. Bula Unam Sanctam en: E.Denzinger, El magisterio de la Iglesia, ed. Herder, Barcelona 1963, nº 468.
21. Ver: J.Jomier, Para conocer el Islam, ed. Verbo Divino, Estella 1989, p. 85ss.

22. Sobre las causas psicológicas del fundamentalismo ver: Víctor Hernandez, Fundamentalismo, narcisismo y psicosis, en E. de la Lama "En defensa de la tolerancia".
23. Para un sugerente estudio comparativo y de agradable lectura del judaísmo, cristianismo e Islam, desde el punto de vista de la evolución del pensamiento de cada uno de ellos ver: Karen Armstrong, Una historia de Dios, ed. Paidós, Barcelona 1995, trad. R.Alfonso Díez Aragón.
24. A este respecto, se realizó un estudio sorprendente que mostraba que la mortalidad de los marroquies emigrados a Francia es más baja que la de los mismos franceses. Ver: Youssef Courbage, "La mortalité et les causes de décès des Marocains en France 1979-1991" en: Population, Revue bimetrielle de l'Institut national d'Études démographiques, 50e année, Janvier-Février 1995, número 1.
25. Teoría muy presente en Habermas. Por ejemplo en, Teoría de la acción comunicativa, ed. Cátedra, Madrid 1994, p. 153ss, trad. Manuel Jiménez Redondo.
26. En mi concepción sobre la interpretación sigo a H.G.Gadamer, Verdad y Método, ed. Sígueme, Salamanca 1991, trad. A.Agud Aparicio.
27. Sobre Jesús y la tolerancia ver: Màxim Muñoz, "Tolerancia y experiencia cristiana de Dios", en La Tolerancia, Revista Sal Terrae Junio 1995, tomo 83/6 (n.980), Santander.
28. Es muy sugerente el artículo sobre la mística sufí de C.Vega, "La cara oculta del Islam: los místicos sufíes" en: Conocer el Islam, Revista Sal Terrae Mayo 1996, tomo 84/5 (n.990) Santander.